

ROBERTO PARADA, ACTOR DEL TEATRO EXPERIMENTAL

JOSÉ PINEDA DEVIA

Dramaturgo y profesor de la Escuela de
Teatro de la Universidad de Chile

Con ocasión de los cincuenta años de la fundación del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, es interesante realizar una reflexión acerca de la labor como actor de uno de sus principales gestores, y que tuvo tanta trascendencia en el desarrollo del arte escénico en nuestro país: Roberto Parada. Sin duda que el actor es, dentro de la interpretación escénica, el más efímero. El autor permanece en el texto, el diseñador (escenógrafo, vestuarista, iluminador) puede mostrar a otros públicos su material gráfico, donde, en cierta manera, es posible conocer una parte del evento escénico. Hoy día, con los medios audiovisuales, la creación actoral logra permanecer como registro, lo que ayuda en cierta manera al conocimiento de dicha labor.

En el caso de Parada, sólo podemos basarnos en el recuerdo de sus intervenciones, específicamente en la sala Antonio Varas, o en muy pocas películas nacionales donde interpreta algunos roles. Hasta el medio televisivo, tan usual para los actores de hoy, no es frecuentado por él, no quedando ningún registro en ese medio.

Así, esta reflexión carece de una documentación precisa y el intento se acerca más a las informaciones orales de sus contemporáneos o a las experiencias del suscrito como espectador. Aunque la memoria es a menudo débil y en este caso, el juicio puede estar in-



fluenciado por la emotividad, especialmente al conocer el trágico desarrollo de su vida en los últimos años, es necesario develar algunas características que lo hacen tan único como intérprete.

Recorriendo sus variadas intervenciones en el Teatro Experimental, notamos que se destaca en forma

especial en obras que no pertenecen al estilo realista psicológico. Entendemos como tal, a aquellos textos que se alejan del verso como medio expresivo, a la simbología de carácter, a la metáfora del lenguaje. Este realismo debe conformarse con la mostración de ánimos coherentes, sintetizados en diálogos simples, imitando una realidad vivida o conocida por la casi totalidad de los espectadores. Aunque no se trata de fotografiar la realidad, intenta la síntesis, donde el gran parámetro es el entorno experimentado cotidianamente por el público.

Basándonos en estas consideraciones estilísticas, se opina que Roberto Parada no es muy afortunado cuando interpreta dicho género. Aparecen en él notorios contrastes negativos, que son virtudes en otras tendencias formales. Su potencia vocal, su excelente dicción, su técnica respiratoria, atentan contra la *naturalidad* propuesta por Ibsen, Chéjov o Miller, produciéndose un desequilibrio con sus compañeros de escena. Esas condiciones vocales, fuera de lo común, se convierten en

un arma de doble filo. Hay que hacer notar que los integrantes del Teatro de la Universidad de Chile adquieren, con el correr del tiempo, una muy buena disposición para enfrentar personajes contemporáneos, destacándose Agustín Siré, que contrariamente a Parada, posee mala dicción, monotonía, falta de pericia respiratoria y un volumen débil. Sin embargo, Siré queda en el recuerdo con interpretaciones memorables (*Living-room*, *¿Quién le tiene miedo al lobo?*, *Largo viaje de un día hacia la noche*).

Entonces, ¿se podría aventurar que Parada es un actor externo, imposibilitado para entregar adecuadamente roles en los cuales es necesaria una *verdad* escénica irrefutable?

Sería altamente injusto opinar de tal modo. Por lo tanto, es necesario detenerse en algunas consideraciones. Los actores universitarios lograron de mejor manera una profundización de las obras realistas, con todas las connotaciones que esto conlleva: interiorización de la conducta del personaje, lenguaje cercano, temas y argumentos, si no muy cotidianos, representativos del mundo de hoy, es decir, personas que muestran nuestros pormenores, inmersos en ambientes pequeños y contando desgracias o alegrías a veces ínfimas.

La utilización del método de Stanislavsky produce una homogenización en este aspecto, mientras que en obras que se escapan del sicologismo, dicho método queda algo invalidado. Aparentemente, es lo que sucede en el largo transcurrir del Teatro de la Universidad de Chile. Cuando es menester enfrentar estilos diferentes, no basta solamente recurrir a la sicotécnica propuesta por el maestro ruso, sino que es imprescindible configurar otros medios expresivos: sabiduría para decir el verso, un conocimiento de la métrica, una voz musical, todos elementos que destacan a Parada del resto de sus colegas.

De esta forma, se va produciendo una *especialización*, dependiendo de las cualidades o defectos externos de cada actor. Parada entra en la categoría de "actor de personalidad". Es decir, es tan marcada su forma ex-

presiva, que es más conveniente asignarle roles del teatro del siglo de oro español, isabelinos o de tendencia renovadora como Brecht, o del absurdo. Es decir, personajes que poseen una gama más amplia en lo formal que los realistas.

No hay que caer en el simplismo de opinar que los grandes roles que enfrenta en dichas tendencias carezcan de psicologías ricas. Muy por el contrario, el señor Puntilla de Brecht, el tigre Brown del mismo autor, Pozzo de Beckett, Cerro Alto de Acevedo Hernández, el Comendador de Lope, Volpone de Jonson, sólo por nombrar a algunos, son



"La guarda cuidadosa" de Cervantes (1941). Dirección de Pedro de la Barra. Roberto Parada caracterizado como el soldado de la obra.

modelos conductuales de gran calidad pero que, a su vez, adquieren rango simbólico, muy distante de aquellos que propugna el realismo del siglo XIX y del XX.

Es aquí donde Parada encuentra la mayor efectividad para sus entregas actorales. A pesar de ser obras muy diferenciadas, con estilos que muchas veces se antagonizan, él nos interesa en sus propuestas creativas. Lo-



"El jardín de los cerezos" de Antón Chéjov (1971). Roberto Parada, Sergio Aguirre y Alicia Quiroga.

gra, con aparente comodidad, entrar en los mundos de los autores, pero, valga la pena repetirlo, sin perder su propia personalidad. Es decir, Parada es siempre Parada, lo que puede ser un logro o un defecto, según la perspectiva en que se mire. En ese momento, lo ideal para los actores universitarios es tratar de sacarse lo propio y tomar la envoltura, la mente y el alma del personaje. Parada, al contrario, no logra ese transformismo tan querido por sus colegas, sino que él le presta más al personaje que viceversa. Esta característica lo hace único. Algunos se lo reprochan, otros, lo alaban.

Siguiendo tal planteamiento, opinamos que él está fuera del contexto de sus compañeros de ruta y aparece más como artista del antiguo teatro llamado *profesional*, donde el carisma de un Alejandro Flores o de Pedro Sienna deslumbran precisamente por la apostura física, hermosa voz y prestancia escénica. Sin embargo, Parada, por su concepción ética y estética no puede emularlos, ya que sus planteamientos son totalmente diferentes a estos *astros*. Pero, igual que ellos, ama la poesía. Por eso, cuando puede acceder al verso, tiene sus logros más notables. Sabiendo de su admiración a Neruda y a los

grandes vates, entendemos esa manera elegante, clara y enriquecedora de expresar a Lope de Vega, García Lorca y tantos otros dramaturgos.

Este don vocal lo va a aprovechar no sólo en el mundo del teatro, sino también en la radio, ya sea nacional o extranjera. No olvidemos que trabaja en la BBC de Londres, donde realiza un Quijote que aún se recuerda. También interviene como narrador en la Orquesta Sinfónica de Chile.

Sería poco justo informar que en su larga carrera con los universitarios no obtiene grandes logros. Al contrario, su perfeccionamiento lo consigue en este equipo artístico, tocando personajes trágicos, dramáticos y de comedia o farsa. Es decir, tiene la opción maravillosa de poder realizarse como artista y como hombre, obteniendo reconocidos triunfos que lo hacen merecedor del aplauso de los espectadores.

Aunque nunca deja de ser Roberto Parada, en su madurez artística y con otros conjuntos teatrales, logra salirse de este *encasillamiento* formal y puede asegurarse que con el Teatro Ictus, y ya casi al término de su vida, conquista también el logro de óptimo actor realista. •